

# LA NUEVA INDONESIA

por **EDUARDO HARO TECGLÉN**

**L**a Asamblea General de las Naciones Unidas ha recibido de nuevo en su seno a la hija pródiga Indonesia, que vuelve con las manos tintas en sangre, pero, eso sí, arrepentida de su desvío anterior. Ha transcurrido un año desde su cambio de régimen. El giro que ha dado Indonesia es de ciento ochenta grados. Antes del golpe de Estado, Indonesia había desertado de la ONU y se proponía unirse a Pekín en la fundación de una nueva ONU «de los pobres», de los países parias del mundo, cuyos intereses le parecían continuamente despreciados y avasallados por los de los grandes países. El pretexto primero de esa retirada era la presencia de Malasia en el Consejo de Seguridad. Indonesia estaba en guerra abierta con Malasia. Malasia había sido un pequeño Vietnam a cargo de los ingleses, mortífero y silencioso, en el que una oposición guerrillera descontenta por lo que consideraba un falseamiento de la independencia estaba siendo eliminada. Para Indonesia, Malasia era el ejemplo del neocolonialismo, como lo era el Vietnam. Sukarno había inventado una de las extrañas fórmulas verbales que tanto le gustan —aún— para describir al enemigo: el «necolim», es decir, la coalición del neocolonialismo, el colonialismo y el imperialismo. Años atrás había inventado el «tavip»: la sílaba «ta» estaba tomada de la palabra indonesia «taon», año, y «vip» era una contracción de la expresión mussoliniana «vivere pericolosamente»: esto es, un año en el que Indonesia debería vivir peligrosamente para superar sus problemas interiores y exteriores. En el principio de su carrera política había creado el «pantchasila», o conjunto de los cinco principios básicos del país: nacionalismo, internacionalismo, democracia, bienestar social y creencia en Dios. Hace un año, cuando el golpe de Estado le sorprendió, estaba en la fórmula «Nasakom», o conjunto de las tres fuerzas de equilibrio de Indonesia: nacionalismo, religión y comunismo. Estaba dispuesto con ello a encabezar las «Nefos»: las «nuevas fuerzas» ascendentes del mundo, que ya Sukarno había canalizado en la famosa conferencia de Bandung (Indonesia) de donde nació oficialmente un tercer mundo que hoy, diez años después, apenas existe.

Por debajo de toda esta extraña jerga, creada por uno de los más importantes dirigentes de masas que haya tenido nunca el mundo, se dibujaba una radicalización de Indonesia hacia la extrema izquierda, hacia el comunismo chino. Los lazos entre Yakarta y Pekín eran cada vez más estrechos, y los tirones que Sukarno daba para unir a él las zonas disconformes del tercer mundo —y, a través de él, a Pekín— tenían más eficacia. En sus discursos, Sukarno recordaba que tradicionalmente Indonesia había ejercido durante siglos la hegemonía en el Sudeste asiático. Su acción sobre Malasia tenía inmovilizada una fuerza británica de 50.000 hombres, más una parte sustancial de la flota. La ayuda soviética suponía un programa anual de 270 millones de dólares, y unos doscientos técnicos permanentes. La ayuda china era mucho menor: 108 millones de dólares y unos cuarenta técnicos. Sin embargo, día a día, la influencia soviética iba siendo sustituida por la china. Para los Estados Unidos, con una guerra en el Vietnam, esta radicalización de Indonesia, con sus ciento y pico millones de habitantes y una posición privilegiada en el mapa del Sudeste asiático,

suponía una amenaza grave y creciente. La retirada de las Naciones Unidas fue ya un síntoma de ruptura diplomática. Acto insólito en la historia de la diplomacia: cuando el nuevo embajador de los Estados Unidos presentó sus cartas credenciales a Sukarno recibió en respuesta un discurso plagado de insultos. Los informes secretos recibidos en Washington llegaron a señalar, hacia agosto de 1965, que Indonesia estaba dispuesta a intervenir directamente en la guerra del Vietnam. Poco después, todo cambiaba. El 1 de octubre se iniciaba el baño de sangre que iba a dar la vuelta al destino de Indonesia.

Los orígenes, la forma, el resultado del golpe de Estado —o de los varios golpes de Estado— de 1965 distan mucho de estar claros, a pesar de la versión oficial dada por Yakarta y repartida al mundo por los Estados Unidos. Esta versión oficial explica que, ante los rumores de una enfermedad grave de Sukarno, como consecuencia de una operación de riñón, los comunistas creyeron que había llegado el momento de tomar el poder y se lanzaron a una revolución rápida, iniciada con el asesinato de siete generales que les eran hostiles. El Ejército reaccionó con un contragolpe, se hizo cargo del poder y eliminó a los comunistas. La versión comunista es otra. Según ella, los principales generales se habían reunido en una junta secreta para derribar a Sukarno y eliminar a los comunistas. Aidit, jefe del partido comunista indonesio, advirtió a Sukarno de lo que estaba ocurriendo. Sukarno, que se sabía amenazado, había formado ya un «Instituto de Defensa Nacional», dirigido por los comunistas, que trataba de contrarrestar cualquier intento de sublevación militar mediante la introducción de comisarios políticos. El 17 de agosto, aniversario de la independencia, Sukarno se dirigió a los generales para hacerles una advertencia: «Si intentáis derribar el Nasakom, os convertiréis en fuerzas reaccionarias». Los informes de los comunistas aseguraban que el 5 de octubre, día de las Fuerzas Armadas, era el elegido por los generales para levantarse, aprovechando la concentración en la capital de tropas venidas de todo el país. Sukarno confió en un militar, el teniente coronel Untung, su propia defensa y la misión de deshacer el «pustch». No hubo tiempo. Según los comunistas, los militares adelantaron en unos días su golpe de Estado. Según los militares, los comunistas y la guardia de palacio fueron los que iniciaron la rebelión. Es difícil que el futuro llegue a encontrar la versión clara de este asunto. Probablemente, la clave se encuentra más lejos. Probablemente, el movimiento de Indonesia fue obra de la C. I. A., del «Gobierno secreto de los Estados Unidos», según el nombre ya popular que le han dado los escritores David Wise y Thomas B. Ross, que en el libro que lleva ese nombre hablan ya del papel importante de la C. I. A. en el levantamiento contra Sukarno de 1958. Si es así, es sin duda el movimiento más fructífero y más inteligente que hayan realizado en su historia, una historia en la que no hay demasiados éxitos y sí muchas torpezas. Al cabo de un año, Indonesia ofrece un

aspecto totalmente distinto. No solamente ha terminado la guerra con Malasia, sino que ha firmado un pacto de amistad con ella. Ha vuelto a la ONU. Se ha separado de China. Subandrio, el hombre a quien se llamaba siempre «primer adjunto del primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores», comparece ante un tribunal que le juzga con severidad. Puede ser condenado a muerte. Y el partido comunista ha desaparecido en un baño de sangre.

Es difícil saber hasta dónde ha llegado el número de muertos. De muertos simplemente asesinados: apenas ha habido resistencia. Los observadores más imparciales obtienen de este hecho de la no resistencia la conclusión de que el golpe de Estado no podía ser de origen comunista. Una revolución comunista se hubiese realizado al mismo tiempo en todo el país: sus militantes hubieran estado advertidos, armados. La matanza de comunistas no ha sido durante una guerra civil, sino durante una serie de «razzias» que les cogía indefensos, inadvertidos. Las últimas cifras oficiales de muertos, según Yakarta, evalúan estos asesinatos en unos 150.000. La base para el cálculo es un poco extraña: «Si unos dicen cien mil muertos, y otros doscientos mil, lo probable es que la cifra sea la media», dice el portavoz oficial del Gobierno, quien comenta que es imposible saber el número exacto, «puesto que en Indonesia no existía un censo de población claramente establecido». Las cifras que se barajan en estos días, aniversario del golpe de Estado, son mucho más elevadas. En torno a los quinientos mil. Según «Life» (edición en español, 1 de agosto de 1966), son unos 400.000. La agencia *France Presse* los evalúa en 500.000. El «Daily Mirror» de Londres (1 de julio de 1966), citando fuentes diplomáticas de Yakarta, sitúa los asesinados entre un cuarto de millón y medio millón. El periodista americano Don Moser cuenta algunos casos particulares: «Todas las mañanas sacaban de la cárcel a los muertos y los amontonaban en una extensa playa que, en forma de media luna, hay en la costa central de Java. Suhartono, niño de once años que vende limonadas en un pequeño puesto cerca de la orilla, observaba. Si había veinte o veinticinco cadáveres, los traían en un camión. Si los muertos eran pocos, traían los cadáveres en un carromato». «En la isla de Bali, una linda jovencita llamada Sri Ashi, que trabaja en un café al aire libre, levantó la vista y vio pasar al **bupati** —el alcalde de la aldea— en un automóvil convertible. Conducían el coche unos soldados y el alcalde iba maniatado. Poco después, los soldados volvieron al restaurante de Sri Ashi y pidieron pollo al **curry**. Mientras Sri Ashi les servía, uno de ellos abrió un paquete y mostró su contenido: las orejas y los dedos del alcalde. "El **bupati** —dijo el soldado con una sonrisa— será ahora **bupati** para siempre". En la playa de Bali, poco después de este episodio, Ali, joven musulmán de ojos dulces, saludó a un viejo amigo que, con los dedos atados a la espalda, estaba sentado al borde de una zanja en la carretera. "Buenas noches", dijo Ali. "Buenas", le respondió el amigo. Ali empuñó su **parang** —especie de machete— y le cortó la oreja izquierda al amigo, luego la derecha, después la nariz. Finalmente, levantó el **parang** y le decapitó». «Los jóvenes sonrientes que engalanan a los turistas y les guían por el templo balinés de Besakith, cierta noche rompieron la cabeza a tres comunistas frente a los portales del templo. Hace poco pregunté al cabecilla de este grupo si comprendía la diferencia entre los objetivos del comunismo y los de su propio partido nacionalista, y me contestó: "No, yo trabajo en el templo, no entiendo nada de política". "¿Odiaba a los comunistas?". "No, no los odiaba". Entonces, ¿por qué los había matado? "Un día vinieron por aquí los representantes de la autoridad y nos dijeron que teníamos que deshacernos de ellos —contestó el joven sonriendo plácida y tímidamente—. Y así lo hicimos". El periodista francés Jean François Chauvel cuenta en el «Figaro», de París (9 de agosto de 1966), cómo fueron asesinados los comunistas de un pueblo pequeño. El relato se lo hace uno de los habitantes que participó en las matanzas: «Cada noche los habitantes del pueblo hacían una lista. Cuando estaba completa, los hombres iban en delegación a la casa de los que habían sido designados, y les anunciaban la decisión común: "Tenemos que depurar la aldea antes de que lleguen los militares, para salvar el pueblo". Y se los llevaban al campo. Estaban armados con bambúes afilados, con **kriss** o con simples navajas. Los cautivos eran ejecutados generalmente de un golpe en la espalda al borde de las fosas que otros habitantes del pueblo se habían encar-

gado de abrir. No hacían resistencia. No podían hacer nada, puesto que se trataba de una decisión común. Después el jefe del pueblo se iba a llevar la lista de las personas ejecutadas al comandante militar, que las registraba».

De esta forma Indonesia ha podido hacer su reincorporación a lo que llamamos el mundo libre. Ha sido recibida con honores y discursos de beneplácito en la Asamblea General de las Naciones Unidas.

**S**OBRE este oscuro río de sangre y de horror, sobre estos acontecimientos confusos, flota aún un hombre extraño: el presidente Sukarno. Los estudiantes desfilan cada día por las calles pidiendo su cabeza. En los juicios de depuración de los que fueron sus más íntimos colaboradores se cita continuamente su nombre y el de sus esposas —tenía una colección de bellezas, albergadas en palacios fantásticos— como autores de toda clase de corrupciones. Sukarno ha ido traicionando uno a uno todos sus antiguos conceptos, inventando nuevas fórmulas gramaticales para asegurar el nuevo equilibrio de fuerzas. En realidad, hoy no da la sensación de ser más que un pelele trágico, trágicamente aferrado a una sombra de poder, movido por el general Suharto, que es el hombre fuerte del país. Odiado en Yakarta y en los centros intelectuales, aún Sukarno tiene cierta popularidad en las regiones campesinas, en muchas de las islas del archipiélago. Sobre todo, Sukarno es una admirable cabeza de turco que no conviene cortar. Puede hacerse responsable de los males del país, que no han terminado con la matanza ni con el cambio de orientación. Indonesia debe a países extranjeros cerca de cuatro mil millones de dólares —más de mil millones a la URSS— que reclaman su deuda. En el interior, la situación económica no ha dejado de ser catastrófica. Un país que tiene motivos para ser rico —el 40 por ciento de todo el caucho del mundo, veintidós millones de toneladas de petróleo al año— no reparte entre sus habitantes más que la miseria, y el desorden económico ha llegado al caos. La rupia, moneda nacional, ha llegado a valer más por el valor intrínseco del papel del billete que por su valor representativo. De los ciento diez millones de habitantes del país, unos tres millones y medio trabajan, trece millones y medio tienen trabajos eventuales y los demás no saben cómo vivir. El delito económico anda suelto. El periodista inglés Donald Wise cuenta que las muchachas de cabellos largos no pueden ir al cine ni subir al autobús: se exponen a que un individuo sigiloso les corte la melena, sin que ellas se den cuenta, para venderla (el pelo de asiática alcanza en el mercado internacional un valor de 150 pesetas por libra).

Sobre esta situación hay que acumular los odios creados por la matanza. Cuatrocientos o quinientos mil muertos son una cifra demasiado importante para que no llegue a pesar sobre el futuro del país. No es necesario decir que no todos ellos eran comunistas; ya se sabe que en estos casos hay un elevado porcentaje de venganzas personales, de equívocos, de indiferencia por el asesinato. El partido comunista tenía tres millones y medio de miembros. Deben quedar, por lo tanto, más de tres millones esperando su momento. Pero los consejeros occidentales del general Suharto le explican que lo importante es el hambre: si el hambre continúa —y el caos económico, y la dificultad de cohesionar las fuerzas nacionales, y la corrupción, y la sensación de injusticia— el giro de Indonesia no puede ser considerado más que provisional. Los Estados Unidos se apresuran a buscar ayuda. Indonesia es una pieza importante para su posición en el Sudeste asiático, para su cerco de la República Popular China. Una vez que han conquistado esa posición, en un audaz golpe que podía haber dado el resultado contrario —y en ese caso se hubiese terminado para siempre el sueño asiático de Washington—, no pueden perderla. Donald Wise cuenta cómo en la playa de Bali, donde hace un año se cortaban cabezas, se empiezan a alzar ahora hoteles americanos de lujo, y cómo los «jets» comienzan a llevar turistas a lo que en un tiempo fue un paraíso.

Se intenta a toda prisa un regreso a la legalidad. Una constitución, unas elecciones. Pero esta legalidad durante mucho tiempo no podrá ser más que aparente. Sólo la fuerza podrá sostener la situación de Indonesia hasta que la economía se restaure. Si no se restaura, ni la fuerza será suficiente.